

por muy corto tiempo, inmundas bacanales en el Foro; pero por lo mismo que en Roma no debe el mal triunfar definitivamente, esperamos que no triunfe ni dure la política de Mons. de Merode y del cardenal Antonelli.

Hemos recorrido rápidamente todo el primer tomo de la obra del Sr. Sanchez, y hemos tenido que juzgarle, desde el punto de vista de nuestras opiniones políticas, quizás con harta severidad. Queremos, sin embargo, que se entienda que en todo lo que es dogmático, que en todo lo que es verdaderamente religioso, hemos convenido, y no podemos menos de convenir con el Sr. Sanchez, porque somos tan buenos católicos como él, y distamos infinito de poseer sus conocimientos profundos y de estar dotados de una inteligencia tan levantada y tan versada en las materias teológicas.

(*El Contemporáneo.*)

## ESPAÑA Y PORTUGAL.

### I.

Las más importantes verdades se reconocen por sentimiento y por instinto, antes de que por medio del raciocinio se demuestre la certidumbre de ellas y se declare y explique el fundamento en que se apoyan y sostienen. En este número de verdades se cuenta la de que en la Península que habitamos hay dos naciones distintas, portuguesa y española. Si hubiera dos Estados y una sola nación, los Estados fácilmente se fundirían. Lo difícil, lo punto ménos que imposible, es fundir las nacionalidades. Así es que nosotros, aunque siempre hemos tenido un amor entrañable á la idea de la union ibérica, más hemos creído que esta idea es una aspiracion sublime, casi irrealizable ó realizable sólo en un remoto porvenir, que un plan político, para cuya realizacion y cumplimiento están ya preparados los ánimos y las cosas, y que á poca

costa puede llevarse á cabo, con buena voluntad, audacia y fortuna.

El ejemplo de Italia, aún presuponiendo que tenga dichoso término la revolucion italiana, no debe en manera alguna alucinarnos ni movernos á la imitacion. Las circunstancias son muy otras en aquella que en esta Península. Allí ó no hay nacion, ó tiene que haber una Italia: aquí hay dos naciones, y aún seguiria, acaso durante siglos, habiendo dos naciones, aunque ambas, ó por una revolucion, ó por una conquista, ó por un enlace régio, vinieran á formar un Estado sólo.

Génova, Venecia, Pisa, Florencia y Amalfi, han sido poderosas y gloriosas repúblicas: pero como naciones no han existido. No es menester buscar razones, basta el sentido comun, basta el oido para percibir que suenan disparatadamente estas frases; *la nacion pisana, la nacion genovesa*, y hasta la misma *nacion milanese ó napolitana*. En Italia, porque la historia ó el destino, porque Dios, en suma, lo ha querido así, no hay más que una nacion, aunque haya habido numerosos é independientes Estados; señoría en Venecia, ducado en Milan y reino en Nápoles.

En nuestra Península sucede lo contrario. Portugal, aunque es una nacion hermana, no forma parte, no es la misma nacion española. La historia de Portugal es tan grande que no puede perderse ni confundirse en la historia de otro pueblo: pero no es esta la mayor dificultad. Grande, heroica, admirable es tambien la historia de Aragon, que tampoco puede per-

derse ni confundirse, y sin embargo, la nacionalidad, la autonomia aragonesa vino en sazón oportuna á amalgamarse con la de Castilla, formando ambas la nacionalidad española. La mayor dificultad es que la sazón oportuna, el momento propicio en que la fusion hubiera sido fácil, pasó, mucho tiempo há. Las diferencias se han hecho cada vez mayores desde entónces, y nos han ido separando, en lugar de irnos uniendo.

En aquellos buenos tiempos de mútua prosperidad, cuando portugueses y castellanos nos dividiamos el imperio de los *mares nunca de ántes navegados*; en aquellos buenos tiempos, en que podia decir el poeta, en elogio de la *noble España*, que era la cabeza de Europa toda, y de Portugal, que era la cima de la cabeza, y en que podia dudar, hablando de los portugueses, sobre qué era

mais excellente

Se ser do mundo rei, se de tal gente;

en resolucion, en aquellos buenos tiempos de los Reyes Católicos y de D. Juan III, cuando el papa Alejandro VI,

Uma linha lanzando ao ceo profundo,  
Por Fernando é Joao reparte o munlo,

y en que, sin pecar de hinchados ni de fanfarrones, podiamos hacer decir á nuestros héroes;

Do Tejo ao China o portuguez impera,  
De un polo a outro o castelhano voa,  
E os dois extremos da redonda esfera  
Dependem de Sevilha e de Lisboa;

en aquellos buenos tiempos, repetimos, sin estar llenas de recelos y agriadas por el infortunio, hubieran podido estrecharse y confundirse ambas naciones en la cumbre de la grandeza y de la gloria, como Aragon y Castilla se confundieron. Pero despues de la rota de Alcazarquivir, humillada y moribunda la nacion portuguesa, y sujeta y postrada bajo el cetro de hierro de Felipe II, no pudo unirse, aunque tuvo que someterse á Castilla. Asi es que la revolucion de 1640 fué indispensable; fué el renacimiento de un pueblo que habia muerto, ó que gemia esclavo; cuya gloria eclipsada era preciso que volviese á brillar. La dominacion de los Felipes en Portugal quitó á aquel pueblo libertad, y no le dió fuerza ni amparo. Las ricas colonias, el hoy tan próspero imperio del Brasil, tal vez hubieran sido mejor defendidos por los portugueses solos, aún en medio de su postracion, que por el pujante, pero mal gobernado poder de España.

No se ha de extrañar, por lo tanto, que los portugueses suspirasen por la perdida independencia, y que la recobraran. Con ella parecia renacer la pasada gloria y algo del poder pasado. El advenimiento al trono de la casa de Braganza fué más popular que el de la nobilísima y heroica dinastía de Avis. Desde entónces la division entre España y Portugal se ha

hecho cien veces más honda, la rotura más difícil de soldar, los signos característicos de ambas nacionalidades más prominentes y diversos.

En Italia la literatura es la misma, y la lengua literaria la misma en todas las provincias: Tasso no es una gloria del reino de Nápoles, sino de toda Italia: Dante y Machiavelli son italianos ántes de ser florentinos. En Portugal, por el contrario, se levanta, y crece y se desarrolla, y se aparta cada vez más de la nuestra, una literatura nacional, propia y exclusiva de aquel pueblo. En un principio nuestros trovadores, nuestros príncipes poetas escribieron en portugués como Macías y el Rey Sábio. Los trovadores portugueses se complacian en escribir en castellano. El castellano y el portugués no parecian dos idiomas diversos, sino dos formas, dos modos del mismo idioma. En la magnífica córte del rey D. Manuel, suena en prosa y en verso el habla de Castilla. EL CANCIONERO DE RESENDE está lleno de versos castellanos. La musa dramática portuguesa hace sus primeros felices ensayos en los Autos de Gil Vicente, muchos de ellos en castellano, y otros en castellano y en portugués mezclados y confundidos. El primer poeta lírico portugués, el justamente celebrado Sá de Miranda, escribe gran parte de sus obras en nuestra lengua; el mismo Camoens le imita y le sigue en esto. Todavía, á pesar de Aljubarrota, y lo que es más, á pesar de Vasco de Gama, del infante D. Enrique, y del grande Alburquerque, esto es, á pesar de la magnífica epopeya de la historia de Portugal en el siglo xv, epopeya que no sólo hace de

Portugal una nacion, sino una nacion gloriosísima, importantísima y con una gran mision providencial en el mundo, Portugal se creia parte de España.

España era la cabeza de Europa toda; pero Portugal era la cima de la cabeza, esto es, parte de ella, como dice el llamado por los portugueses mismos *principe de los poetas españoles*. La conquista hecha por corrupcion y violencia sobre un enemigo postrado, y la perversa dominacion y peor administracion de los Felipes, vinieron á destruir ó á retardar la verdadera union de ambos pueblos, que ya se iba formando. La revolucion de 1640 acabó de romper los lazos amistosos que nos unian. ¿Qué portugués, sin pasar por mal portugués, hubiera osado, desde entónces hasta hace pocos años, hablar de la unidad ibérica? En Italia, al contrario, en todas las edades, en todas las provincias y Estados, han suspirado y defendido y aconsejado la unidad los más amantes de la patria y los que han alcanzado más fama por haberla amado é ilustrado. Dante, Petrarca, Machiavelli, Manzoni, Leopardi, Tosti, Botta, todos los hombres eminentes de aquella Península, se muestran partidarios de su unidad, y no reconocen sino una sola nacionalidad en ella. Allí se han ido cada dia estrechando más; aquí nos hemos ido separando. Allí una misma literatura, allí un mismo idioma: las glorias alcanzadas y las afrentas recibidas son allí comunes. Los que encomian á Italia la llaman á toda ella cuna de las artes, maestra de las gentes, patria de los grandes poetas y de los eminentes capitanes, y los que la deni-

graban, cuando vivia esclava y abatida, lanzaban tambien la injuria y el vilipendio sobre toda ella, sin esceptuar una sola provincia, ó diciendo, si la esceptuaban, que aquella provincia no era Italia. Pero entre España y Portugal no ha habido nunca solidariedad semejante, sobre todo, en la desgracia. Acaso seamos harto orgullosos para aceptar como nuestras las faltas de nuestros hermanos. Acaso lo seamos tambien, aunque no tanto, para tener sus glorias por nuestras.

De todos modos, la unidad ibérica, aunque difícilísima, aunque sólo sea un hermoso ensueño en el dia, no se puede afirmar que sea completamente imposible, ni ménos que pudiera redundar en desdoro de una de las dos naciones, si estas acertáran á unirse como Inglaterra y Escocia, y no como Inglaterra é Irlanda, Austria y Hungría, Polonia y Rusia.

Partidarios, en cierto modo, de esta union futura, más ó ménos completa é íntima, de esta union celebrada con mútuo consentimiento y beneplácito y para bien de ambos pueblos, de esta union que si alguna vez ha de lograrse es menester preparar muy de antemano y con esquisita prudencia, han sido y quizás sigan siendo aún muchos de los hombres mas ilustres que honran hoy á Portugal, muchos de los que más le aman y veneran y adoran su gloria, y asimismo no pocos españoles, que no quieren á Portugal para redondear el territorio, sino para que unidos dos pueblos tan generosos y grandes, vuelvan acaso á ser en los futuros siglos lo que fueron en los pasados, *la cabeza de Europa toda*.

Si algun español sueña con la difícilísima union de Portugal y de España como realizable en el dia, y tiene el extravío de menospreciar á Portugal, y el mal gusto y poco tacto de decirlo, no es esto culpa de toda la nacion española, que piensa y siente respecto á Portugal de muy diversa manera.

No creemos que ningun patriota portugués, aún negando absolutamente, y para siempre, hasta la posibilidad de la union ibérica, haya podido ofenderse del *iberismo* de D. Sinibaldo de Mas, de Castelar y de tantos otros, cuya buena fé, cuyo amor y cuyo entusiasmo, ya que no lisongearlos, debiera satisfacerlos.

Si más tarde, según hemos oido decir, ha venido un escritor animado de otros sentimientos poco favorables á Portugal, y pidiendo ó deseando en nombre de ellos la union de aquella monarquia á la española, bien pueden creer los portugueses que ese escritor español no es el órgano fiel y legítimo de la opinion pública en España. Nosotros aún no hemos leído el folleto á que aquí se alude; pero sabemos, por los periódicos de aquel país, que ha producido en Portugal un profundísimo disgusto, y esto nos impulsa á examinarle imparcialmente, volviendo por la dignidad de la nacion portuguesa, si en dicho folleto ha sido injuriada, y reprobando esa inmediata union forzosa ó poco decorosa para Portugal que desea el folletista, ya que no en nombre de una union futura, espontánea y honrosa para todos, en nombre de la igualdad y del fraternal afecto, y de la alianza estrecha que debiera

haber entre las dos egregias naciones de esta Península.

## II.

La idea ó el principio de las nacionalidades, que ahora priva, tiene como todo lo muy comprensivo y general, no poco de vago, y cuando no de vago, de contradictorio. Las nacionalidades no se determinan por la geografia, ni por el idioma, ni por la identidad de stirpe, ni por la semejanza ó igualdad de historia, de religion y de costumbres. Todo esto concurre á formarlas; pero lo esencial y fundamental, es el sentimiento, que se advierte, que se reconoce, pero que no se sujeta á reglas ni á ratiocinios.

Italia, que es el grande ejemplo que se alega, es una sola nacion, porque es una sola nacion. En favor de la unidad de Italia no hay argumento más fuerte que el sentir de sus hijos. Desde la caída del imperio romano, bajo el cual, si toda Italia estuvo unida, también estuvo unida gran parte de Europa, no se ha realizado la completa unidad italiana, sino por breve tiempo y bajo el cetro de un rey bárbaro, de Teodorico. Pero desde entónces hasta el dia presente, el pensamiento de la union, el anhelo de llevarla á cabo, y el sentimiento de ser Italia una nacion sola, han dominado el alma de cuantos hombres ilustres han nacido en aquella Península.

Muy largo seria investigar las causas de por qué en la Península ibérica no ha acontecido lo propio; pero es lo cierto que no ha acontecido.

En Italia, á pesar de la division de Estados, y de las guerras, celos y enemistades que entre ellos ha habido, no hay más que una sola nacion, no hay más que el sentimiento de una sola nacionalidad y el amor de una sola patria, por lo ménos desde los tiempos de Dante. Ora predomine el partido gibelino, ora el güelfo, ora sea el Emperador, ora el Papa, el que se busque como centro de la unidad, la unidad es lo que se busca.

En España y en Portugal, preciso es confesarlo, no se ha soñado nunca en esta unidad, ni aún en la época en que ambas coronas estaban reunidas y adornaban las sienes de los Felipes. Portugal era entónces un reino más de los que componian el vasto imperio español. Era como Nápoles, como Sicilia, como el Milanésado, como Flandes: nadie imaginaba que Portugal y España fuesen una sola nacion y un mismo pueblo.

Esta idea es reciente, es consecuencia ilegítima de lo que llaman el principio de las nacionalidades. En virtud de este principio los pueblos de Portugal y España debieran seguir eternamente separados, porque son dos pueblos distintos, aunque reconozcan un tronco comun y sean hermanos. Slavos son, esto es, hermanos, de la misma raza, los rusos, los bohemos, los polacos y los croatas, y no por eso constituyen una sola nacion; no por eso deja de ser casi irrealizable el ensueño del *panславismo*.

No es, pues, en el principio de las nacionalidades en lo que debe fundarse la aspiracion á la unidad ibé-

rica. No hay que negar, ni hay razon para negar la nacionalidad portuguesa, á fin de fingirse posible la fusion de ambas naciones en una. Aragon y Castilla, Inglaterra y Escocia, eran naciones distintas y se han fundido. Dinamarca y Suecia aspiran á unirse tambien, como ya lo estuvieron en otro tiempo, sin desconocer por eso que son dos naciones perfectas, que han tenido y siguen teniendo razon de ser y de existir separadamente.

Es posible, es á veces conveniente y glorioso, que dos naciones se fundan; pero es sumamente difícil. Es menester para ello un conjunto de circunstancias dichosas, que rara vez la prudencia humana puede proporcionar, y que casi siempre dispone con especial disposicion la Providencia divina. Uniones, como la de Castilla y Aragon, necesitan, á más de la fortuna y del saber de los príncipes y hombres políticos que las llevan á cabo, de una ocasion propicia y de un acuerdo feliz de los pueblos que, más que resultado natural, parece milagro. Uniones de esta clase se hacen cada dia más difíciles, porque mientras más se retardan, mayores diferencias y rivalidades nacen entre las naciones de que se desea componer una sola.

El ejemplo de Italia debiera retraernos del *iberismo*, en vez de animarnos á seguirle y á realizarle. Allí no habia más que una nacion, humillada y hollada de continuo por el extranjero. Sus diversos Estados eran creaciones artificiales de la diplomacia; casi ninguna de sus dinastías era nacional, sino im-

puesta por la conquista; muchos de sus príncipes estaban sentados en los tronos en virtud de un poder opresor extraño, para cumplir su voluntad y secundar sus miras y remachar más las cadenas que pesaban sobre la patria comun. Y sin embargo, ¿cuán difícil no ha sido y es aún el realizar esa unidad, á la que todo estaba convidando y aún provocando: unidad que era indispensable, si Italia había de salir de la postracion y servidumbre en que se hallaba? ¿Qué tempestad no ha levantado en toda Europa la caída de los *soberanos legítimos*, cuyos tronos no tenían raíces en el suelo en que se fundaban? ¿Qué guerra civil no ha promovido en Nápoles la pérdida de una *autonomía* sin gloria, y de un trono, cuya gloria no era tampoco la del país? Pues si esto ha sucedido en Italia, ¿qué no sucedería en la Península ibérica, si procurásemos imitar aquel movimiento? Allí la union es indispensable para salir de la servidumbre: aquí la union es solo conveniente á nuestra mayor prosperidad y futura grandeza: allí nadie señaaba con que hubiese una nacion toscana, parmesana ó luquesa; aquí hay dos verdaderas y grandes naciones: allí ninguna dinastía de las caídas estaba enlazada con los recuerdos gloriosos y patrióticos; y aquí, no es sólo un individuo de la familia de Borbon quien se sienta en el trono, sino la nieta de San Fernando, la sucesora de Isabel la Católica, la representante y descendiente de aquellos ilustres, sábios y valerosos reyes de Aragon y de Castilla, cuyos triunfos, cuyos laureles, cuya fortuna hacen el orgullo del pueblo, y viven en su me-

moria amorosamente conservados: no es sólo un Co-burgo quien se sienta en el trono, sino el descendiente del elegido del pueblo en 1640, el representante y el heredero de aquel valeroso y noble maestre de Avis, que proclamaron rey las Córtes de Coimbra, y que recapitula y compendia en sí y en su familia todas las glorias de la patria, desde los heroicos esfuerzos del vencedor de Ourique y del conquistador de Silves y de Lisboa, hasta la grandeza y fortuna de D. Manuel y la lastimosa y malograda valentía de don Sebastian: aquí, en suma, esto es, en Portugal y en España, hay dos naciones, y hay dos dinastías nacionales que personifican, y en las cuales se cifra toda la gloria del uno y del otro pueblo.

Basta lo dicho para comprender cuánto más difícil de realizar es la unidad ibérica que la unidad italiana. Españoles y portugueses son amantes de la patria con un sentimiento harto exclusivo; y una y otra dinastía representan de tal suerte la gloria y el gran ser de la respectiva patria, que hasta republicanos y antidinásticos se vuelven monárquicos de doña Isabel II ó de don Pedro V, el día en que les propone algun mal avisado partidario de la fusion ibérica derribar una de las dos dinastías para realizarla. Agréguese á esto que, tanto en España como en Portugal, el sentimiento monárquico y el amor á la dinastía están aún muy arraigados, y que hay ménos antidinásticos y ménos republicanos de lo que tal vez piensen algunos. Así se comprenderá, no sólo lo impolítico y lo contraproducente de hablar ó de escribir en favor de la fusion

ibérica en perjuicio de la dinastía de Borbon, sino tambien lo contraproducente y lo impolítico de hacerlo en contra de la dinastía de Braganza-Coburgo. En el primer caso, todos los monárquicos y dinásticos de España, esto es, la mayoría de los españoles, se subleva contra el iberismo, de lo cual ya se notaron síntomas en 1854. En el segundo caso, acontece lo propio en Portugal, como se está viendo ahora, con motivo del folleto titulado *La fusion ibérica*, debido á la pluma de D. Pio Gullon. Este folleto, salvo la falta indicada y algunas otras que ya indicaremos, está bien escrito y pensado, y contiene ideas y noticias de grande importancia; pero sólo el aconsejar la fusion, condenando, aunque de un modo implícito, á la dinastía Braganza-Coburgo, es suficiente para explicar el efecto que en Portugal ha hecho, tan contrario al que indudablemente su autor se proponia.

No sólo los patriotas y los leales, no sólo los que aman á sus reyes, sino los que buscan ocasion de adularlos para medrar, concurren á enardecer el espíritu público en contra de semejantes planes, y se aprovechan de tan buena coyuntura para hacer gala del patriotismo y del monarquismo que tal vez no tienen. Entretanto, la parte sana de la nacion se escandaliza sinceramente, y, animada por los escritos monárquicos y patrióticos, quiere competir con los autores en amor y devocion á la monarquía y á la patria. De esta suerte, puesto el *iberismo* en lucha abierta con los más respetables sentimientos, retrocede y pierde terreno, en vez de ganarle. Tal es el

resultado, harto nos pesa decirlo, que ha tenido el folleto del Sr. Gullon. La soberbia y el orgullo vidrioso de los portugueses, que han entrado por mucho en la enemistad que ha despertado dicho escrito, son exorbitantes; convenimos en ello. No somos nosotros menos vidriosos y soberbios; pero importa no olvidar que unos y otros lo somos, á fia de no herirnos cuando tratemos de abrazarnos.

Pensar en que por medio de la violencia ó de la conquista hemos de agregarnos y de conservar á Portugal, es un absurdo evidente. España puede conquistar á Marruecos, puede apoderarse de toda el Africa bárbara y civilizarla; pero los pueblos civilizados de Europa no se conquistan ni se domeñan ya por fuerza. Hasta las naciones que fueron ya domeñadas y vencidas en otra edad, pugnan hoy por quebrantar el yugo, y es probable que al fin le quebranten. Quizás llegue un día en que Irlanda, Polonia y hasta la pequeña nacionalidad finlandesa recobren su autonomía. ¿Cómo pensar, pues, en que la pierda violentamente la tierra de Viriato, de Egas Monis y de Alvarez Pereira, el inmortal Condestable? La union, la fusion, si ha de ser alguna vez, como no negaremos que lo deseamos para bien y gloria de ambas naciones, ha de llevarse á cabo por general, mútuo y espontáneo consentimiento. Para ello debemos dejar de menospreciarnos y zaherirnos, y empezar á conocernos y á amarnos. El momento de la union política estará siempre muy distante, mientras las simpatías, la confianza, la recíproca estimacion y el



cariñoso respeto no le traigan consigo. Así lo entendieron, sin duda los Sres. Mas, Caldeira, Lopes de Mendonça y Latino-Coelho, y no fué otro el pensamiento que presidió á la fundacion de la *Revista Peninsular*. Desde entónces, la precipitacion, la impaciencia y los alardes de superioridad de algunos, han amontonado innumerables dificultades en el camino, largo sí, pero seguro, que iban allanando y abriendo aquellos patriotas, tan entusiastas como prudentes. Nosotros, que hemos creído, que hemos anhelado la fusion, apenas si ahora la creemos posible. Ya explicaremos en qué se funda esta falta de aquella fé y de aquella esperanza que tanto, en otro tiempo, nos animaban y complacian.

### III.

El modo de convidar á la fusion que ha tenido el autor del folleto que vamos examinando es tan falso y antipolítico en algunos puntos que, aunque los portugueses fueran menos celosos de su nacionalidad, se comprenderia que se diesen por ofendidos. Durante la primera revolucion francesa se decia: «fraternidad ó muerte;» esto es, «sé mi hermano, ó te quito la vida que tienes ahora;» pero en el folleto se va en cierto modo mas allá; á los portugueses se les quiere quitar la vida pasada, la vida que ya han vivido, para que sean nuestros hermanos. Segun lo que del folleto se desprende, los portugueses apenas si tienen historia, apenas si tienen literatura.

*Sólo adquiere Portugal su autonomia, figurando separadamente, como la dote de una princesa castellana; es decir, en humillacion ridicula, que nunca podrá tenerse por el origen histórico de una nacion.* El folletista olvida los triunfos de D. Alfonso Enriquez, la batalla de Ourique, la aparicion de Cristo, el entusiasmo de los soldados cuando alzaron á don Alfonso por rey, como ya en otro tiempo fué proclamado Scipion emperador; las conquistas de este gloriosísimo príncipe, que dilata el reino de Portugal hasta los límites que hoy tiene, y todo aquel modo heroico y poético con que nace la monarquía portuguesa, en cuyo origen, como en el de Roma y de otras grandes repúblicas y Estados, parece que la tradicion y la historia, la verdad y la fábula, compiten por hermosearlo y magnificarlo todo de consuno. No se comprende, pues, cómo se atreve á decir el autor del folleto que no hay en Portugal *ni uno de esos reflejos populares que con el nombre de tradicion llegan á ser la entraña nacional de la historia.*

Añade luego, ó da á entender el Sr. Gullon, que la parte principal de la historia portuguesa es sólo un remedo de nuestra historia, porque, *unida ó segregada, nos imitó aquella region de la Peninsula;* palabras poco meditadas, pues con igual razon podrian decir los portugueses que los imitamos nosotros. Ellos fueron los primeros en poner el pié en Africa; ellos, en tiempo de D. Juan el Vengador, el vencedor de Aljubarrota, conquistaron á Ceuta, que todavía conservamos, y que fué y es cimiento y principio de la civilizacion é imperio que deben llevar y dilatar los españoles hasta mas

allá del Atlas; ellos conservaron aquel baluarte contra la morisma, con el martirio del Régulo cristiano, con la maravillosa paciencia del Príncipe constante que mereció la bienaventuranza en el cielo, y en la tierra que Calderon eternizase y divulgase su gloria, en su mas admirable drama; ellos conquistaron á Arcilla, á Azamor y á otras ciudades marroquíes, y llevaron mucho ántes que nosotros la guerra á Mauritania; ellos tuvieron al infante D. Enrique, y escuela de astrónomos, navegantes y descubridores, explorando, colonizando, y catequizando los reinos del Congo y de Guinea, y extendiéndose hasta el promontorio de las Tormentas, ántes de que Colon saliese del puerto de Palos; y ellos, por último, aunque no contasen más que el reinado de D. Manuel el Feliz, no sólo tendrían una historia, sino un maravilloso poema nacional, que tal vez no admita comparacion con el de ningun otro pueblo.

En la córte de aquel rey vivieron héroes como Vasco de Gama, Pedralvez Cabral, Alonso de Albuquerque, terror y azote del Asia, conquistador de Goa y de todo el reino de Ormuz; Suarez de Albergueira, vencedor en Etopía y en Arabia; los Almeidas, dominadores en Ceilan y Quiloa; Tristan de Acuña, Felipe de Castro, Abreu, Melo, Aguilar, Sequeira, Duarte Pacheco, que con un puñado de hombres desbarató todo el poder del Zamorí, y tantos otros, cuyos nombres no citamos por no ser prolijos, aunque todos son dignos de eterna nombradía y de singular alabanza. ¿Se podría decir, aunque los portugueses no hubieran hecho más que lo que hemos dicho, *que de esos he-*

*chos no puede brotar otra historia que la española, que la nacion portuguesa no ha podido adquirir un carácter histórico en contados siglos de interrumpida independencia, y que toda la historia de Portugal se puede reducir á la biografía de quince ó veinte grandes personajes? ¿Es buena traza y forma de ganarse la voluntad de un pueblo el despojarle de una plumada de lo mejor de su gloria, el negarle hasta que ha existido?*

En punto á literatura, tampoco está mas generoso el Sr. Gullon con los portugueses. *Camoens y otros nombres tan aislados, aunque ménos brillantes, dice, no constituyen por sí solos una literatura. ¿Y quien ha asegurado al Sr. Gullon que Camoens y esos otros pocos nombres se hallen en tal aislamiento, y que no estén precedidos y acompañados, como, segun el Sr. Gullon, lo están en España el Cid y Cervantes, por la numerosa y envidiada hueste en que se agrupan nuestros guerreros y escritores de todos los tiempos? Pues qué, ¿los grandes ingénios nacen por casualidad, y sin motivo, y sin antecedentes, y mueren y pasan, y no dejan huella ni rastro de sí en el país donde han nacido? ¿Tuvieron, acaso, los portugueses á Camoens, al único poeta épico nacional de la moderna Europa, sin razon para tenerle? ¿Por qué en España, en Francia, en Italia, en Inglaterra, carecemos de una grande epopeya nacional, y en Portugal la hay? Porque el refinamiento, el saber, y la admirable perfeccion de la lengua, coincidieron en Portugal con el vivir heroico, ó á causa de que éste duró más allí, ó de que aquellos nacieron más temprano que en otras regio-*

nes. Así es, que en estas otras regiones, ó tenemos la burla más ó menos solapada del vivir heroico, como en Ariosto y Cervantes; ó poemas artificiales, aunque riquísimos de poesía, como en Tasso y Balbuena; ó relaciones frías y desprovistas de todo ideal, como *La Enriqueida* de Voltaire; ó poemas bárbaros y rudos, como el *Cid*, los *Nibelungen* y las canciones de Gestas: sobre todo lo cual descuella el libro de Camoens, donde se contiene la vida, el espíritu, el corazón, las tradiciones, la gloria y las esperanzas de un pueblo entero.

De la lectura de *Os Lusíadas*, aunque nada se supiese de la historia literaria de Portugal, se debía deducir *a priori*, que en Portugal ha habido una gran literatura, anterior y posterior. Libros como *Os Lusíadas* no pueden ser un hecho aislado. En efecto, los épicos portugueses, prescindiendo de Camoens, se adelantan quizás á los del resto de Europa, salvo á los italianos. De esta verdad responden Cortereal, Pereira, Durao, Basilio de Gama y otros muchos.

Que la literatura portuguesa tiene un carácter propio que la distingue de todas y de la misma literatura del resto de la Península, es una cosa indudable, y que se nota, así en las excelencias, como en las faltas. La lengua portuguesa no es tan sonora y enérgica, pero es más rica que la lengua castellana. El mayor cultivo de los idiomas y literaturas de Roma y de Grecia en Portugal, ha enriquecido el portugués con mayor número de voces y giros que el castellano. Camoens puso también en su frase, en su estilo, y en sus pen-

samientos, y en sus imágenes, un aroma, un sabor extraño del extremo Oriente. En portugués se conservan asimismo más palabras arábicas que en castellano.

No tienen los portugueses un romancero. A pesar de los trabajos de Garrett, sólo pueden presentarnos uno como apéndice del nuestro, apéndice ménos rico y original que el romancero de los catalanes. Al lado de nuestro teatro, el primero del mundo moderno, nada tienen que poner los portugueses. Con los compatriotas de Calderon, Lope, Rojas, Moreto, Alarcon y Tirso, no debe Portugal jactarse de Gil Vicente, que no vale mucho más que su contemporáneo Juan de la Encina. Para las tragedias clásicas portuguesas, tenemos nosotros muchas nuestras, hoy olvidadas y escondidas debajo de tanta riqueza original y del castizo tesoro de nuestros dramáticos populares. Sólo la *Inés de Castro*, de Ferreira, alcanza superior merecimiento, tanto por lo sublime y sentido de su poesía, cuanto por ser la primera buena tragedia escrita en la moderna Europa, anterior, sin duda, á la *Sofonisba* del Trissino.

Pero si no tiene Portugal ni un teatro, ni un romancero, su musa épica es, en absoluto, superior á la nuestra, y quizás en la lírica erudita, en la oda pindárica y sublime, nos llevaría ventaja, y nos la lleva, sin duda, y grande, si consideramos la menor poblacion de Portugal con respecto á España, y si apartamos y sustraemos de nuestra cuenta al cantor de *la Noche serena* y de *la vida del campo*.

Portugal ha tenido también sábios prosistas, ele-

gantes y enérgicos historiadores, políticos y filósofos. No está reducida su literatura, como pretende el señor Gullon, á Camoens y á unos cuantos nombres aislados. Desde Ferreira y Sá de Miranda, los eminentes líricos se suceden hasta Garçao, Francisco Manuel, Garrett, Mendez Leal, y Feliciano del Castillo; sus historiadores Barros, Couto; Freire, Lucena, Fray Luis de Souza y Herculano, nada deben envidiar á los nuestros; y en punto á novelas y otras obras de entretenimiento, tienen las portuguesas mucho que presentar, desde Bernardin Riveiro hasta á algunos ingeniosos novelistas del día. Ellos nos dieron á Jorge de Montemayor, y ellos nos disputan la creacion de los dos más discretos libros de caballería, el *Amadís de Gaula* y el *Palmerin de Inglaterra*.

Creemos haber demostrado, aunque harto ligeramente, que es falso que los portugueses no tengan una grande historia, una grande literatura, y un carácter propio nacional. Que sería impolítico decir esto, aunque no fuese falso, y que iría contra las miras y propósitos de cualquiera que tratase de predicar el ibe-rismo, es cosa tan clara, que no necesita demostración.

Aunque estuviésemos de continuo pugnando por persuadir á los portugueses de su excasa importancia, no se persuadirían de ella, y tendrían razón, y sólo conseguiríamos, en vez de hacernos los amigos, suscitar su ira y su rencor, y despertar rivalidades, que ya debieran estar muertas para siempre. Portugueses y castellanos nos parecemos en muchas cosas, como

hermanos que somos, y no es en lo que ménos nos parecemos en la soberbia y altivez de condición, y en el invencible amor propio nacional; así, pues, como hemos dicho ya en otro artículo, debemos estar prevenidos para no herirnos cuando queramos abrazarnos. Camoens; que conocía bien á sus compatriotas, y en este predicamento nos lisongeamos, á pesar de todo, de incluir á los españoles, decía, hablando de las diferentes naciones que pueblan la Península, que son

Todas de tal nobreza e tal valor  
que qualquer d'ellas cuida que é melhor.

## IV.

En nombre de la fraternidad que debe unirnos á los portugueses, hemos condenado varias expresiones y razonamientos del Sr. Gullon, que inadvertidamente acaso se han deslizado en su folleto, y hemos tratado de probar que Portugal ha sido una gran nación; tarea inútil, sin duda, si en España conociésemos mejor la vida del pueblo habitador de aquella parte de la Península; pero tarea no del todo fuera de propósito, cuando en España se ignora tanto de Portugal cuanto en Portugal de España (que no acertamos á encarecerlo más), naciendo de esta imperdonable ignorancia mútua el mútuo desvío y el infundado menosprecio con que á veces nos miramos.

Portugal, pues, como ya hemos dicho, es una nación, y su historia y su literatura, independientes y